

SIAMESES

Gonzalo Calcedo

Prólogos de Juan Bonilla y Carlos Castán



TROPO EDITORES

Liturgia de los ahogados

Mi madre entendía mucho de ahogados. Guardaba docenas de recortes de prensa sobre gente que había muerto con los pulmones encharcados y sabía qué piscinas estaban malditas y cuales no. La piscina de los Fígaro, por ejemplo, era intratable; en ella se habían ahogado tres personas en menos de cuatro años: la hija menor de la familia, un invitado a una fiesta de aniversario y un bebé de once meses que se quedó atrapado en un conducto de desagüe. Era una piscina con verdadero carácter. Otras, solo contaban con un ahogado, como las de los Marlin y los Casino, ahogados de verano, decía mi madre, gente que había bebido demasiado durante una velada y que había caído al agua accidentalmente, ante las risas de los demás. Por algún motivo extraño siempre resultaba cómico que alguien se precipitase al agua vestido y nadie se alarmaba hasta que ya era demasiado tarde.

Guardaba los recortes en una carpeta azul de gomas, como las que atestaban el despacho de mi padre. Los días de lluvia se sentaba sola ante el tocador de su dormitorio, apartaba los cepillos y los frascos de perfume y extendía los recortes minuciosamente, en orden de fechas. A mí todos aquellos papeles me parecían muy antiguos, pero ella me explicaba que una de las cualidades del papel de periódico es su facilidad para envejecer: guardas un recorte dentro de un libro y pasadas unas semanas parece tener cien años. Supongo que me

dejaba ver todo aquello porque en el fondo se sentía orgullosa de su tarea. En su mente, trazado por un topógrafo prodigioso, se escondía un mapa del lugar con cada piscina detallada por una banderita azul y ella iba de un lugar a otro convertida en cronista.

Pero por entonces algunos asuntos de mi padre comenzaron a ir mal y un día los oí discutir; la casa tenía una hipoteca y lo más probable era que tuviésemos que mudarnos. El nombre de aquella ciudad no me dijo nada. Recuerdo que mi madre se echó a llorar y repitió el nombre varias veces, como si se tratase de una enfermedad, algo terrible.

A partir de aquel día revisaba sus papeles a diario, convertida en una especie de albacea. Si visitábamos a algunas amistades, jamás sonreía y siempre decía que hacía calor dentro de la casa y que le apetecía dar un paseo por el jardín. La gente se preguntaba qué le ocurría, mientras ella rondaba las piscinas con expresión grave, repitiéndose a sí misma que era injusto abandonar aquel mundo hecho de añicos de océano.

En noviembre mi padre tuvo que ausentarse. Fue a la ciudad a la que íbamos a trasladarnos para alquilar otra casa y un despacho. Se despidió compungido, pero su partida liberó a mi madre. Estaba animada porque había habido un ahogado en la piscina del club Payola, durante el transcurso de una boda. Las fotografías del periódico eran patéticas: la liturgia de todos los ahogados. El difunto iba de esmoquin y tenía bigote y su muerte se interpretó como un mal presagio. Dijeron que la novia se había pasado la noche de bodas llorando y que los músicos de la orquesta habían improvisado un réquiem. Todo era fantasmagórico. Yo me quedé mirando la fotografía del ahogado, que parecía un hombre del siglo pasado, el personaje de un cuadro.

En ausencia de mi padre, mi madre ya no cerraba la carpeta; los recortes cubrían el tocador, ocultando todos los frascos y

desbordando las dimensiones del mueble. Pasaba horas revisándolos, mientras hacía anotaciones con aire taciturno. En una ocasión la sorprendí deslizando los dedos por la superficie del espejo, como si pensara que fuese a licuarse. Iba a escribir un libro, una memoria acuática del lugar, un libro de agua.

Transcurrieron los días yendo de una casa a otra, con el maletero del coche atestado de provisiones. Nuestras visitas no siempre eran bien recibidas y el interés de mi madre por las piscinas comenzó a resultar sospechoso, pero ella insistía en tomar notas y hacer fotografías. Cuando faltaban pocos días para que mi padre regresase, me rogó que no le contara nada.

Había gastado mucho dinero en los revelados y en gasolina. El coche había tenido dos averías y las tres noches que habíamos pasado en él, durmiendo con los respaldos de los asientos reclinados, habían esparcido el polvo de la excentricidad de mi madre por todo el distrito. Ahora era como si hubiese un verdadero motivo para nuestra partida...

Mi padre apareció un lunes y su vuelta hizo que ella olvidara por un tiempo las piscinas. Guardó los recortes, los perfumes volvieron a su lugar y el tocador recuperó su desorden encantador. Mi padre estaba animado con la nueva casa y las sucesivas cartas del banco apenas le hicieron reflexionar: la decisión estaba tomada.

Era otoño y los días resultaban cortos y mezquinos. Siempre estaba nublado, la luz tenía una cualidad última fúnebre y triste. Llovía a menudo y por eso a todo el mundo le pareció extraño que la viuda Alba se zambulliese en su piscina un atardecer. Cuando la encontraron ahogada al día siguiente, todos se preguntaban por el motivo de su baño. No había duda de esto último porque llevaba puesto un bañador y junto a la piscina, ordenadamente dispuestos en una tumbona, se hallaron su albornoz y sus zapatillas de goma. No hubo

fotografías y por deseo de la familia, que estaba bien relacionada, la noticia apenas ocupó un rincón de la hoja local del periódico, pero fue suficiente para que la ambición de mi madre despertase.

Una mañana de domingo me llevó en coche hasta la casa donde había vivido la ahogada y me dijo que esperase fuera mientras ella hablaba con los familiares; quería hacer unas fotografías para su libro de agua. La vi apearse y cruzar el jardín delanteramente. Llamó a la puerta con insistencia. Era temprano, uno de esos domingos que imponen el silencio de la madrugada hasta bien avanzado el día.

Al rato, el hijo de la muerta abrió la puerta e hizo un movimiento de saludo con la cabeza; no creo que conociese a mi madre, pero imagino que supuso que era una vecina dispuesta a dar el pésame. Ella empezó a hablar y vi como la expresión del hombre cambiaba; su gesto de pesar se acentuó, su mandíbula se hizo más fuerte y marcada y sus ojos abandonaron las oquedades de sus cuencas para brillar con irritación. La puerta se cerró de golpe, un sonido vergonzante que se propagó por las aceras.

Mi madre dio media vuelta, regresó al coche y se sentó al volante. Decidió fotografiar la piscina sin el permiso de los propietarios. Conocía la finca y sabía que en el callejón trasero de la propiedad el seto tenía un resquicio por el que colarse. Condujo hasta allí y nos apeamos. Me indicó que vigilase la casa; mi misión era tocar la bocina si veía salir a alguien. Luego se encogió para atravesar el seto. Algunas espinas rasgaron su vestido hiriéndole la piel. Se había descalzado para moverse con mayor agilidad y sus zapatos reposaban en el asiento del conductor. De puntillas, miré hacia el costado de la casa. Todas las ventanas, excepto una, estaban cerradas; era la ventana del ático y el visillo asomaba mecido por una corriente. Aquella visión tenía para mí un significado suicida, de caída.

Podía sentir el vértigo de estar asomado a esa ventana en el estómago, como si una mano hubiese penetrado en mi interior y me apretara por dentro. Era doloroso y temí echarme a llorar. En realidad tenía miedo porque mi madre estaba cometiendo un delito y su respeto por los muertos parecía una burla.

Deslicé la mano por el volante, mi dedos rozaron uno de los radios y descendieron en busca del claxon. No había nadie en aquel jardín, nadie iba a sorprender a mi madre, pero cerré los ojos y toque la bocina con una insistencia atroz, como si nuestras vidas dependieran de la prolongación de aquel sonido.

Cuando ella reapareció por el seto había al menos media docena de vecinos en bata, rodeándonos. Su mirada me atenazó; era un estúpido. No solo había interrumpido su expedición a la piscina, sino que mi pánico había provocado el que nos descubriesen. Trató de subirse al coche, pero alguien se interpuso. Querían saber si era una ladrona. Empujó a aquella persona y hubo un ridículo forcejeo. La cámara de fotos cayó al suelo y fue pisoteada. Luego el corro de personas se abrió. Mi madre tenía el vestido roto y sollozaba arrodillada, mientras recogía fragmentos de la cámara en el cuenco de la mano.

Nos dejaron marchar. Supongo que sabían que íbamos a irnos muy lejos, que no íbamos a volver. Ella conducía ignorándome.

En casa no respondió a las preguntas de mi padre. Bajó la persiana del dormitorio y se acostó. Mi padre me preguntó por lo sucedido y se lo expliqué. Le conté todo lo ocurrido durante su ausencia. Asentía pausadamente, como calibrando cada afirmación mía. Deslizó una mano cautelosa por mi cabello y me dijo que todo aquello no tenía importancia y que mi madre mejoraría cuando nos fuésemos.

No hubo más ahogados aquel año. Nos mudamos y la carpeta del libro de agua quedó olvidada en un armario. En nuestro nuevo

hogar la tierra era dura y áspera, impura. Mi madre encontró trabajo en una droguería y nuestra situación económica mejoró. Un hombre se ahogó en una acequia, pero aquella muerte no tenía el esplendor de los ahogados en las piscinas rutilantes y hermosas de nuestro pasado, así que mi madre ni siquiera se fijó en la noticia. Me había perdonado, imagino, pero ya no volví a ser su cómplice y me trataba, en cierto modo, como a un adulto del que se desconfía.

Un día de invierno arrojó la carpeta azul al bidón donde ardían las hojas secas del jardín y ese fue el final del libro de los ahogados. Se quedó mirando el humo que ascendía ante sus ojos, cruzada de brazos, dándonos la espalda, y yo pensé que aquella columna de humo era una más entre los cientos que se elevaban en el valle aquel domingo.